

Manuel García Fernández, Ángel Galán Sánchez
y Rafael G. Peinado Santaella (eds.)

Las fronteras en la Edad Media hispánica, siglos XIII-XVI

EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GRANADA

EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE SEVILLA

MANUEL GARCÍA FERNÁNDEZ - ÁNGEL GALÁN SÁNCHEZ -
RAFAEL G. PEINADO SANTAELLA
(EDITORES)

LAS FRONTERAS EN LA
EDAD MEDIA HISPÁNICA,
SIGLOS XIII-XVI

GRANADA
2019

COLECCIÓN HISTORIA

DIRECTOR: Rafael G. Peinado Santaella

(Catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada).

CONSEJO ASESOR:

Inmaculada Arias de Saavedra Alías (catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Granada); Antonio Caballos Rufino (catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla); James Casey (profesor emérito de la Universidad de East Anglia); José Fernández Ubiña (catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Granada); Miguel Gómez Oliver (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada); Antonio Malpica Cuello (catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada); Miguel Molina Martínez (catedrático de Historia de América de la Universidad de Granada); Juan Sisinio Pérez Garzón (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Castilla-La Mancha); Joseph Pérez (profesor emérito de la Universidad de Burdeos y director honorario de la Casa de Velázquez); Ofelia Rey Castelao (catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Santiago de Compostela); María Isabel del Val Valdivieso (catedrática de Historia Medieval de la Universidad de Valladolid)

Este libro forma parte de los siguientes proyectos de investigación: «Poder, fiscalidad y sociedades fronterizas en la Corona de Castilla al sur del Tajo (siglos XIV-XVI)» (HAR 2014-52469-C3-1-P) Integrado en la Red de investigación cooperativa *Arca Communis*. «La construcción de una cultura fiscal en Castilla: poderes, negociación y articulación social (ca. 1250-1550)» (PGC2018-097738-B-100) Integrado en la Red de investigación cooperativa *Arca Communis*.



© MANUEL GARCÍA FERNÁNDEZ - ÁNGEL GALÁN SÁNCHEZ - RAFAEL G. PEINADO SANTAELLA (EDITORES)

© EDITORIAL UNIVERSIDAD DE GRANADA
Campus Universitario de Cartuja
Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada
Tlf.: 958 243930-246220
www: editorial.ugr.es

© EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA
c/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla
Tlf.: 954 487447-487451
www: editorial.us.es
Catalogación Editorial Universidad de Sevilla
Colección Abierta
Núm. 43

© DE LOS TEXTOS, LOS AUTORES

ISBN: 978-84-338-6710-0

Maquetación: Archivos y Publicaciones Scriptorium, S.L.

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.



Sociedad
Española de
Estudios
Medievales

EL COMBATE URBANO EN LA FRONTERA DE GRANADA. SIGLOS XIV-XV

Manuel Ángel MARTÍN VERA
Universidad de Sevilla

1. INTRODUCCIÓN

La conquista castellana del espacio fronterizo granadino implicó el empleo de formas de combate apenas tratadas, como en el caso propuesto. El enfrentamiento bajomedieval en población reviste circunstancias singulares, lo que requiere un análisis detallado de su casuística, tácticas y otros factores determinantes.

A efectos de este trabajo, y para el periodo histórico que nos ocupa, entendemos por “combate en población” la lucha armada que tiene lugar en un núcleo habitado, con edificios –residenciales, comunales, etc.–, y trazado definido –calles, plazas, etc.–, conformando barrios y arrabales en los casos más desarrollados. También incluimos las zonas de huertas inmediatas a la población, amparadas por la proximidad a sus defensas, a las que complementan con torres, tapias, etc. Por lo tanto, no es el espacio intramuros el que define el ámbito habitado, sino la trama residencial y su cinturón hortícola¹. Como complemento a este marco definitorio, y a nivel humano, estimamos importante hacer especial hincapié en los múltiples episodios de luchas urbanas que se producen entre bandos, por considerarlos escuelas de formación y campos de experiencia, que convierten a los implicados en auténticos veteranos en este tipo de acciones.

Respecto a las fuentes empleadas, principalmente cronísticas castellanas², en su mayoría se limitan a referir de modo muy escueto, hechos que dieron lugar a luchas urbanas –asaltos, ocupaciones, saqueos, quemas, revueltas, etc.–. Ello nos obligó a realizar una minuciosa búsqueda, clasificación y selección de relatos en los que la información es algo más amplia y detallada. Quizá esa dificultad hizo pasar desapercibida la importancia de estas acciones, aunque también debieron influir los prejuicios historiográficos hacia el estudio de los conflictos armados medievales (Fitz 2016: 385-387). Pero fueran unas u

1. “Huertas, junto a las cuales habitaban sus cultivadores” (Torres Balbás 1954: 77).

2. Siempre teniendo presentes el contexto y circunstancias en que redactan dichas fuentes y los intereses de sus autores, al servicio de la defensa dialéctica de las actuaciones monárquicas y de la religión, hemos considerado oportuno ofrecer de un modo textual aquellos pasajes que por su riqueza y viveza expresiva responden mejor a los objetivos de este trabajo, al ser fruto de la mentalidad y cultura de una época a la que pretendemos aproximarnos.

otras las causas, lo más destacable es la total ausencia de trabajos sobre la materia, hasta fechas recientes³.

La necesidad de procesar eficazmente la información obtenida, nos llevó en su momento a elaborar un método basado en otro de carácter militar, usado para el estudio y resolución del problema táctico-logístico, y aplicarlo a la investigación histórica (Martín 2014).

2. TIPOS DE OPERACIONES ARMADAS QUE ORIGINAN COMBATES EN POBLACIÓN

Siempre moviéndonos en el contexto espacio-temporal fijado, distinguimos tres bloques de operaciones armadas, en base a los focos de origen de la lucha.

2.1. Acciones ofensivas procedentes del exterior de la población

De entre todas, las más frecuentes son las cabalgadas, bien organizadas de modo independiente⁴, o como parte de una entrada en fuerza de un contingente considerable⁵, o como fruto de una expedición de guerra, de la que se escinden uno o varios grupos para “correr”, “hacer daño” y “sacar viandas” a zonas o comarcas concretas⁶. Dada su misión y sus limitadas capacidades militares, las cabalgadas no permiten combatir con garantías de éxito contra villas de envergadura, fortificadas o protegidas por defensas naturales, pues no llevan máquinas de asedio, ni suficiente logística –principalmente víveres– para prolongar las operaciones más allá de un tiempo determinado⁷, ni tienen entidad suficiente como para enfrentarse a una salida desde la localidad atacada, y a la vez repeler una fuerza de socorro que acuda en su auxilio.

Otro grupo de acciones exteriores son las expediciones que tienen por objetivo “tomar, cobrar o ganar” una población concreta. En este caso, la planificación y acumulación de medios materiales y humanos es, por lo común, minuciosa y detallada. Dependiendo de los medios reunidos, el reconocimiento y la información obtenida sobre el núcleo urbano –ubicación, defensas, guarnición, puntos débiles, etc.–, se prepara un tipo de operación concreta. Las más osadas son las realizadas “a furto” o “por escala”. Éstas requieren mantener un estricto secreto, para obtener la ansiada sorpresa y ganar el tiempo necesario con el que consolidar los puntos más críticos del objetivo, por eso se llevan a

3. Las dos primeras aportaciones al combate en población para la Edad Media castellana tuvieron lugar en el III Congreso Internacional de Jóvenes Medievalistas Ciudad de Cáceres en 2014 (Martín 2015; Rodríguez 2015). Al calor del citado congreso surgió un nuevo trabajo (Etxeberria 2015).

4. La de 1469, con el malogrado ataque granadino a Quesada (Palencia 1973: 271-272).

5. Como la entrada del condestable Álvaro de Luna, con la quema del arrabal de Íllora en 1431 (Pérez de Guzmán 1953: 495; Anónimo 1940: 123-124).

6. Tras tomar Zahara en 1407, el infante Fernando manda un grupo contra Audita, cuyo castillo fue tomado por fuerza y su aldea quemada y robada. Poco después manda otro a robar la aldea de Agrazalema -Grazalema-, que también fue entrada por fuerza (Pérez de Guzmán 1953: 294).

7. Un ejemplo lo encontramos en la citada entrada del condestable en 1431, donde tras talar la comarca de Loja y por falta de pan, vuelven a Antequera para hacer talegas por diez días, pero al no ser posible, retornan a Écija (Pérez de Guzmán 1953: 496).

cabo de noche, con mal tiempo, escasa o relajada vigilancia, con ayuda desde el interior, aprovechando los relevos, etc. De todo el perímetro amurallado, las zonas elegidas para ser escaladas suelen ser las de la fortaleza o alcázar, para desde allí atacar la población, o las más inaccesibles, por estar menos vigiladas⁸. En caso de superioridad del atacante, es frecuente combatirla “por fuerza”, de forma simultánea e ininterrumpida desde todas partes, para impedir la defensa y agotar a la guarnición⁹. Pese a todo, la superioridad numérica no es suficiente, se requiere un apoyo logístico global, eficaz y sostenido en el tiempo. Cuando se dan estos factores, estamos ante el tercer sistema, en el que se “cerca y combate” el núcleo urbano¹⁰. En estos casos, los movimientos de fuerzas y el despliegue logístico son de tal envergadura, que resulta muy complicado mantener el secreto y lograr la sorpresa¹¹. Aun así, se procura engañar sobre el objetivo, pues caso contrario, esa población evacuará a los no combatientes, acumulará abastecimientos, reforzará y reparará sus defensas, y pedirá refuerzos y auxilio¹², obligando al atacante a emplear más tiempo, esfuerzo y recursos.

2.2. Luchas iniciadas en el interior de la población

Las luchas generadas en la población suelen ser fruto de revueltas o represiones de índole religiosa –contra juderías, morerías o conversos–, política –entre linajes u oligarquías locales¹³, entre partidarios de uno u otro pretendiente a la corona, por desgobierno, etc.–, o económica y social –por carestías, hambrunas, inseguridad, etc.–.

8. La toma musulmana por escala de Zahara en 1410, se debió a una traición. En Jimena, aprovechando “el gran viento y oscuridad”, los castellanos escalan en 1431 el muro del castillo entre dos torres, “al tiempo que mudaban las velas” (Pérez de Guzmán, 1953: 316, 493). Rodrigo Manrique toma Huéscar por sorpresa en 1434: “E el escala fue puesta en pasando las rondas (...) a rrayz de una vela” (Carrillo de Huete 2006: 168). Ante Alhama en 1482, degollando el escalador Ortega de Prado a los desprevenidos centinelas. Y su intento de recuperación: “al despuntar el alba, los granadinos, aprovechando con exquisita astucia el momento en que se relevaban escuchas y centinelas habían arrimado las escalas por la parte de las murallas en que inaccesibles y elevados peñascos permitían prescindir de baluartes y centinelas fijos”. (Palencia 1975: 89, 92). O la toma de Zalea en 1485, por acuerdo entre un moro traidor y su hermano, que velando de noche la torre de la fortaleza: “echaría un cordel para subir la escala” (Pulgar 1953: 429).

9. Alcabdete –Alcaudete–, 1408. El rey de Granada divide sus fuerzas en tres cuadrillas de peones, y caballería –para impedir salidas y el auxilio exterior–. La primera luchó del amanecer a la hora Tercia, la segunda hasta la Nona, y la tercera hasta el ocaso (Pérez de Guzmán 1953: 305).

10. Almirante recuerda que en las *Siete Partidas* y documentos posteriores “nunca se usa la palabra «sitiar» sino «combatir»”. Que el cerco es una parte del sitio, que consiste en “aislar al sitiado”, y que “se puede bloquear sin intención de sitiar” (Almirante 2002: 953). No obstante, la voz *sitiar* ya aparece en Pulgar. Y ambas –sitiar y asedio– en Palencia 1975: 88, 130, etc. Lo que demuestra los cambios de terminología a través del tiempo, en este caso en poliorcética –arte de tomar y defender plazas fuertes–.

11. Así llegó el rey Fernando en 1484 a Álora: “dejando creer cautelosamente que se dirigía a otra parte” –aparentó ir a abastecer Alhama– (Palencia 1975: 121).

12. Entrada castellana contra Guadix, 1362 (López de Ayala 1997: 49). Y la nazarí contra Lucena, 1483 (Palencia 1975: 103-104).

13. Como ejemplo de las diversas luchas entre bandos que se produjeron en las ciudades castellanas que defendían la frontera con Granada, señalamos la que tuvo lugar en Sevilla entre el marqués de Cádiz y el duque de Medina Sidonia en 1471 (Martín 2015).

2.3. Enfrentamientos que combinan los focos exterior e interior

En este tercer bloque se mezclan los dos anteriormente citados. Algo muy habitual en contextos de guerra civil, y más en situaciones donde aparecen fuerzas de otros reinos aliados con una u otra facción –en nuestro caso, castellanos aliados con granadinos y viceversa–, dando lugar a episodios en los que esos aliados atacan villas y fortalezas del candidato contrario, siendo a veces ayudados desde dentro¹⁴, o que acuden en auxilio de la facción que lucha en la población¹⁵.

3. ESTRUCTURAS DEFENSIVAS Y ELEMENTOS URBANOS

En la campaña de 1484, el marqués Cádiz aconseja tomar Álora, basándose en:

La costumbre de los moros de no proteger sus pueblos con fosos, trincheras ni robustas defensas, sino que, confiados, sobre todo, en la posición de los lugares, levantan tapias endebles y en confuso plano (porque solo temen los ataques repentinos) y éstas no podían resistir al embate de nuestra artillería y máquinas de guerra. Así que el descuido de los moros nos facilitaría el medio de apoderarnos de los sitios desprovistos de las convenientes obras de defensa, que luego podríamos fortificar mejor. (Palencia 1975: 121).

Las oportunas apreciaciones de Rodrigo Ponce de León, señalan de un modo certero las debilidades en la estrategia territorial defensiva granadina, de la que solo escapan las grandes ciudades. E indica el medio a emplear: sobre todo, la artillería de pólvora¹⁶.

3.1. Los arrabales

Ocupar los arrabales, al igual que su cinturón hortícola cuando existe –como en el caso de Baza, que más adelante se analizará–, son el mayor obstáculo y el principal objetivo en la pugna por la conquista de cualquier población. Esta obligatoriedad viene impuesta por dos necesidades fundamentales. Una es acercar al máximo la artillería, tan-

14. Toledo, 1355. Enrique de Trastámara perpetra una matanza de judíos y cerca la judería mayor, hasta que Pedro I recupera la ciudad –aunque alejada del contexto fronterizo, se cita este caso para señalar que los pactos de vasallaje permitieron a Pedro I contar siempre con fuerzas nazaríes curtidas en la lucha de frontera, como los 300 jinetes aportados por Yusuf I desde 1350, o los 600 de Muhammad V contra Aragón desde 1363– (Eazah al-Zahrani 2011: 37; López de Ayala 1994: 21; 1997: 83). En el mismo contexto de guerra civil y en apoyo a Pedro I, los nazaríes atacan en 1368 Córdoba, Jaén, Úbeda y otras villas (López de Ayala 1994: 204-207; 1997: 254-258).

15. En la lucha por el trono de 1487 entre Boabdil y su tío el Zagal en el Albaicín, el primero recibe re-fuerzos castellanos que resultan decisivos (Palencia 1975: 176).

16. Mientras la usada por el infante Fernando en 1407 adolecía de graves defectos, pues en Zahara: “los lombarderos eran tales que tiraron dos días que no acertaron en la villa”; o en Setenil, donde se quebró la lombarda de “gijón”, y algunos tiros de la lombarda de la “vanda” sobrepasaron la villa haciendo “azás daño” en el real cristiano del lado opuesto (Pérez de Guzmán 1953: 291, 295). Con los Reyes Católicos, su desarrollo y eficaz empleo quedaba patente, como en 1483: “en pocos días quedaron arrasadas las torres y reparos” de Tájara (Palencia 1975: 108); o en Ronda, 1485: “si los Moros trabajaban por reparar lo que las lombardas derribaban (...) los otros tiros de pólvora medianos (...) no les daban lugar” (Pulgar 1953: 419).

to neurobalística –máquinas de guerra o tormentaria–, como pirobalística –de pólvora–, debido a lo limitado de sus alcances. La otra es cerrar el cerco, impidiendo salidas en fuerza o llegada de abastecimientos y refuerzos, y para ello se han de establecer posiciones fortificadas, denominadas por los cronistas de la época “estancias” y “paleques”, combinando fosos, cavas, trincheras, estacadas o palizadas y baluartes¹⁷. Aunque a veces la aspereza y disposición de terreno impide asentarlas por todo el circuito de la villa¹⁸. En las crónicas se mencionan arrabales con y sin estructuras defensivas perimetrales. Los que las tienen, cuentan con muros o barreras¹⁹, y pocos con murallas y torres. Los que no disponen de defensas artificiales, suelen aprovechar las naturales del terreno, el intrincado trazado interior, la estrechez de sus bocacalles y las obras de circunstancias, realizadas *in extremis* ante el peligro²⁰.

3.2. Calles, plazas, edificios, torres, barrios y fortalezas

Las bocacalles y puntos estrechos impiden la entrada en masa del enemigo al ser batido con facilidad. Otro obstáculo es el trazado irregular de las calles, cuyo desconocimiento causa confusión en el atacante, de lo que se aprovecha el defensor²¹. Otro elemento de la trama urbana son las plazas, puntos de reunión desde donde sus habitantes se reparten para la lucha. Si el asaltante consigue ocuparlas, impide esa coordinación y dificulta la defensa²². Siguiendo con las zonas abiertas, destaca la importancia de los espacios libres frente a los templos, por ser no solo ámbitos de reunión, sino también lugares donde se producen las peleas más tumultuosas. Para el caso nazarí, al ser las mezquitas de las construcciones más sólidas de la medina –sobre todo la mezquita mayor–, son usadas a modo

17. Loja, 1486. El rey expone las razones para combatir los arrabales: “porque aquellos tomados, los Cristianos estarían más seguros, é los Moros más retraídos”. Ya tomados: “mandó poner las estancias contra la ciudad bien cercanas al muro (...) Otrosí mandó que tirasen las lombardas”. Contra Íllora: “se pusieron al trabajo de fortificar cada uno sus estancias de cavas é baluartes é palizadas, é de tales defensas, que podían estar seguros”, y el rey “acordó se debían combatir los arrabales, en los cuales los Moros habían hecho grandes defensas”. Entrados éstos: “fueron puestas las estancias contra la villa (...) é asentáronse diez é ocho lombardas grandes” (Pulgar 1953: 434-436, 438).

18. Así ocurrió frente a Coín en 1485 (Pulgar 1953: 413).

19. Por “barrera” se entiende cualquier dispositivo que obstaculice el paso, sea muro, barricada, estacada, etc. (Gago Jover 2002: 72; Almirante 2002: 137). Aunque en las crónicas es frecuente su uso como sinónimo de muro o antemural, ejemplos: Jimena, 1431 y Cúllar, 1488 (Pérez de Guzmán 1953: 493; Pulgar 1953: 478). O la voz “barrear”, para referirse a la construcción de parapetos, por ejemplo en Alhama, 1482 (Pulgar 1953: 366).

20. La exitosa táctica del adelantado de Cazorra en 1469 consistió en esperar parapetado en silencio tras las defensas naturales de Quesada y saltar sobre los moros una vez entraran por sus estrechas bocacalles. En efecto, los que habían descabalgado para pasar las angosturas, caen en la celada y se desordena el resto, su cambiando todos por falta de espacio para pelear o huir (Palencia 1973: 271-272). En Baza, 1489. Se repite la táctica, ahora por el bando contrario, impidiendo que los castellanos pudieran tomar los arrabales por las cavas y palizadas que frenaban a los de a caballo, y la estrechez de las entradas que impedía el acceso de muchos peones a la vez (Pulgar 1953: 495).

21. Alhama, 1482. El alcaide de Carmona fue muerto en una estrecha callejuela “por no conocer la localidad y haberse lanzado incautamente contra los moros, confiado en el socorro de sus soldados, que se retrasaron” (Palencia 1975: 90). Coín, 1485: “veyéndose turbados porque no sabían ni los lugares ni las calles por do habían de pelear, volvieron las espaldas”; Málaga, 1487: “tendiéronse por las calles e otros lugares del arrabal que no sabían. Los moros que conocían las entradas é pasos (...) salieron por otra parte, e atajaron” (Pulgar 1953: 414, 459).

22. Alhama, 1482 (Valera 1927: 138). Albaicín, 1487 (Palencia 1975: 176).

de baluartes y para refugio de la población cuando no pueden llegar al alcázar o éste ha sido tomado. En muchas ocasiones, la forma de desalojarlos es aproximarse con mantas²³ y otros medios de defensa para quemar sus puertas, o disparar con artillería²⁴.

Son frecuentes los relatos de combates en torres, bien torres fuertes aisladas, torres de la cerca del arrabal²⁵, de huertas²⁶, o de la muralla urbana. Estas últimas, si no se ganaron durante el asalto, ahora deben ser tomadas en plena lucha intramuros desde los adarves de la cerca y el interior²⁷. También destacan las torres de los templos por la necesidad de dominar las alturas, situando vigías que alerten y tiradores que hostiguen²⁸.

Las casas son adaptadas o destruidas, todos estos detalles se analizarán bajo el epígrafe titulado 'Formas de combate'.

Algunas ciudades cuentan con barrios cercados, como el Albaicín granadino, y aunque se empleen contra sus muros medios y tácticas de asedio, se trata de combates urbanos. De hecho la situación reviste características propias, como la cercanía y densidad de edificios a la cerca, dificultando al expugnador la posibilidad de ubicar eficazmente su artillería pesada, pero facilitándole el uso de las viviendas más próximas a la barrera para su empleo como puestos de tiro, plataformas de asalto, o puntos desde donde iniciar el minado del muro²⁹.

Muchos alcázares, alcazabas y fortalezas (Mora-Figueroa 2006: 38-40, 107) ocupan un lugar extremo de la villa y sus lienzos dan continuidad a la cerca urbana. Son estructuras clave en la defensa local y principal refugio de los habitantes³⁰ sin el cual quedarían desprotegidos y a merced del atacante. Para este último, ocupar la fortaleza es primordial, de hecho las crónicas así lo atestiguan³¹. También para él supone un refugio si la lucha en las calles le resulta adversa, ya que puede retraerse y resistir al amparo de sus muros. Finalmente, hemos de señalar que una vez escalados sus muros, la lucha ha de considerarse combate urbano.

23. Manta: máquina tectoria o cubridora (Almirante 2002: 737).

24. En la lucha por Alhama de 1482 quemaron las puertas (Pulgar 1953: 367; Valera, 1927: 139; Bernáldez 1870: 151). Pero en la pugna por el Albaicín de 1487 entre los competidores al trono granadino, no solo pelearon frente a su mezquita mayor, también usaron la artillería contra ella (Palencia 1975: 176).

25. La de la torre fuerte cercana al arrabal de Loja en 1468, o la de la gran torre situada en la esquina de la cerca del arrabal de Málaga en 1487 (Pulgar 1953: 435, 458-459).

26. Baza, 1482. Algunas peleadas y otras quemadas (Pulgar 1953: 485).

27. Alhama, 1482 (Pulgar 1953: 366). Huéscar, 1434: "peleando e ganando torres por la cerca, fasta que falló descendencia para la puerta" (Carrillo de Huete 2006: 169).

28. Ronda, 1485. Pugna por tomar la torre de una mezquita del arrabal y colocar una bandera (Pulgar 1953: 418).

29. Lucha ante muros de barrio: Toledo, 1355 –con participación nazarí [vid. nota 14]– y el Albaicín, 1487 (López de Ayala 1994: 205; Palencia 1975: 175-176).

30. Episodios en que la población se acoge al alcázar: Jaén en 1368 (López de Ayala 1997: 257); Antequera en 1410 (Pérez de Guzmán 1953: 330); Tájara en 1431 (Anónimo 1940: 125); Huéscar en 1434 (Carrillo de Huete 2006: 169); Cúllar en 1488 (Pulgar 1953: 478).

31. Casos relevantes de toma de alcázares y fortalezas de ciudades y villas: Córdoba en 1368 (López de Ayala 1997: 255); Jimena en 1431 (Pérez de Guzmán 1953: 493); Zahara en 1482 (Pulgar 1953: 365; Palencia 1975: 87); Alhama, 1482 (Palencia 1975: 89; Pulgar 1953: 365-366); Albaicín, 1487 -alcázar contiguo– (Palencia 1975: 176).

4. FORMAS DE COMBATE

4.1. Tácticas

El ataque simultáneo y desde todas partes³², como ya indicamos en el asalto a las murallas “por fuerza”, es un recurso muy efectivo si además va acompañado del factor sorpresa. Para evitarlo, los defensores deben preparar adecuadamente el entorno urbano, y para ello necesitan saber de cuánto tiempo disponen y de la entidad e intenciones del enemigo. Lo que se traduce en el despliegue de una eficaz red de seguridad, vigilancia y alerta, completada en lo posible con otras fuentes de información —espías, desertores, refugiados, capturados, documentos interceptados, etc.—. Un referente de lo expuesto lo encontramos en la brillante defensa del arrabal de Lucena llevada a cabo en 1483 por el alcaide de los Donceles, Diego Fernández de Córdoba, cuyas primeras medidas fueron: desplegar rondas nocturnas y descubiertas diurnas, triplicar las “guerrillas” y colocarlas bajo el mando de hombres “muy conocedores de los términos”, llamar a adalides cordobeses como refuerzo, y establecer un sistema de señales para recibir socorro y saber el número de enemigos. Las disposiciones defensivas consistieron en evacuar a los inhábiles, arrancar las puertas de las casas, rodear con trincheras los puntos débiles, colocar otros baluartes, situar cerbatanas y flecheros en lugares a propósito, y formar un fuerte retén como núcleo de resistencia, impidiendo con estas medidas la debacle. (Palencia 1975: 103-104; Valera 1927: 167).

Del lado nazarí, la crónica nos muestra las defensas de 1486 en los arrabales de Íllora:

Habían foradado las casas, para que pudiesen andar ayudándose de unas á otras, é habían fecho en las paredes grandes troneras é saeteras, tantas que ninguno podía entrar en las calles (...) quemaron é derribaron algunas casas que pudieran ser defensa á los cercadores, é daño a los cercados (...) Los Moros puestos en los palenques y en las otras defensas que tenían, peleaban e ferían. (Pulgar 1953: 438).

Más acciones defensivas, ahora castellanas, son las referidas a Cúllar en 1488: *cavaron en las estrechas calles de la villa fosos protegidos de trecho en trecho por estacadas y trincheras para hacer allí tenaz resistencia al enemigo* (Palencia 1975: 211-212). Pero también a nivel ofensivo se trabaja, como en 1434 sobre Huéscar, donde los cristianos iban: *ganándoles e minándoles las casas, e haciendo varreras por las calles*, mientras los moros les ahumaban las minas: *el fumo solo que ellos ponían por las minas para atajar era bastante para matar mil omes* (Carrillo de Huete 2006: 169-170). En efecto, exponerse en las calles aun portando paveses, mantas³³ u otras protecciones, supone un grave riesgo, pero la necesidad de avanzar obliga a tomar casa por casa abriendo “portillos” y

32. Alhama, 1482. Tomada la fortaleza, acuerdan abrir un portillo en su muro y salir “gran golpe de gente junta”, mientras unos pelean por la cerca, otros suben a los tejados “de manera que fuesen los Moros tan guerreados por todas partes, que por fuerza desamparasen las calles é las torres que defendían”. En Loja, 1486. Los cristianos: “unos por el muro, otros por los texados, otros por las puertas, entraron los arrabales por todas partes” (Pulgar 1953: 366, 435).

33. Alhama 1482, Cofín 1485 y Loja 1486 (Pulgar 1953: 367, 414, 435).

minas, o a desplazarse por los tejados³⁴. El mismo peonaje que lucha es quien realiza estas obras, no encontramos referencias a grupos especializados en estas actividades para el combate urbano, solo hay una mención a “zapadores” para aludir a la apertura de brechas en muros³⁵.

El conjunto de datos aportados por las fuentes revelan la pluralidad y diversidad de obras, tanto opugnadoras como expugnadoras, efectuadas por ambos bandos en accesos, calles, plazas y casas. La finalidad de las mismas es triple: canalizar el avance enemigo –mediante obstáculos artificiales, naturales o la combinación de ambos–, detenerlo –con barreras, quemas, etc.– y batirlo –luchando y empleando el fuego cruzado de las armas– hasta destruirlo o forzarlo a retirarse tras graves pérdidas.

El orden y la obediencia, tanto en la defensa como en el ataque son cruciales. Una mala ejecución, la indisciplina o la falta de experiencia acarrearán consecuencias irreparables³⁶. Otro aspecto táctico a resaltar en el combate urbano es la escasa eficacia de la caballería en poblaciones de frontera, donde los espacios reducidos impiden desplegar y cargar³⁷. De hecho son habituales los enfrentamientos a pie con arma blanca y cuerpo a cuerpo³⁸.

4.2. Armas, equipo y material

En la pelea, además de luchar con espada, lanza y otras armas de mano, ambos bandos se lanzan gran variedad de objetos –piedras, esquinas e incluso tejas³⁹–, aunque lo habitual es arrojar azagayas o emplear artilugios propulsores sencillos como la onda, o armas específicas para proyectiles –ballesta, arco, o la más novedosa espingarda (Martín, 2015: 61-62)–, sin olvidar las armas blancas para la lucha cuerpo a cuerpo –puñal, terciado, etc.–. Los escaladores suelen armarse a la ligera –adargas, capacetes, espadas y puñales⁴⁰–. Huelga decir que la falta de armadura u otras protecciones corporales implica arriesgar la vida⁴¹. Las escalas se transportan en trozos y se ensamblan ante las murallas⁴², pero para superar muros bajos u otros obstáculos dentro de la población, se utilizan cuerdas, sogas y pleitas⁴³.

34. Como ya vimos en Alhama 1482 y Loja 1486 (Pulgar 1953: 366, 435).

35. Albaicín, 1487 (Palencia 1975: 175-176). Lo habitual es la mención de peones en tareas de zapa en obras de sitio –excavando minas, abriendo zanjas, etc.–, escoltados por tropas armadas, o delante de la artillería “para allanar los caminos é facer carriles” y pontones, como en Íllora, 1486 (Pulgar 1953: 438).

36. En Coín, 1485 algunos se anticiparon al combate (Pulgar, 1953: 414). Vélez-Málaga, 1487: “se lanzaron desordenadamente (...) pronto y cara pagaron los gallegos su temeridad” (Palencia 1975: 179).

37. Un ejemplo que lo ilustra fue el caso de Quesada en 1469 [vid. nota 20].

38. Loja, 1486: “arremetían los unos contra los otros (...) con puñales é con los terciados” (Pulgar 1953: 436). Cúllar, 1488: “se combatió encarnizadamente cuerpo a cuerpo en los portillos abiertos en el muro” (Palencia 1975: 212).

39. Coín, 1485: “tiros de piedras e texas (...) por las ventanas” (Pulgar 1953: 414).

40. Toma de Zahara por el marqués de Cádiz en 1483 (Palencia 1975: 114-115).

41. Loja, 1486: “sus pechos sirvieron de blanco a los ballesteros” (Palencia 1975: 164).

42. Jimena, 1431: “pusieron escalas de madera (...) la qual había siete tronzos, y en cada tronzo cinco escalones” (Pérez de Guzmán 1953: 494). Alhama, 1482: “é que llevasen los trozos de las escalas” (Pulgar 1953: 366).

43. Pegalajar, 1470 (Anónimo 2009: 456).

Respecto a la artillería, las crónicas usan diversos términos para designar a las máquinas neurobalísticas, desde el genérico “engeño” a las específicas bastida, grúa, etc. En el combate urbano las más empleadas son la manta, el mantelete, el pavés y el banco pinjado⁴⁴, que facilitan el avance a cubierto de grupos reducidos por las estrechas calles. En relación a la artillería de pólvora, ya hemos comentado sus progresos, a lo que hemos de añadir el eficaz reparto de objetivos para conseguir resultados óptimos⁴⁵. Las piezas ligeras –cerbatanas, culebrinas, falconetes y ribadoquines– son las más idóneas para su uso dentro de las villas, aunque requieren ser emplazadas en lugares cuya trayectoria al objetivo esté libre de obstáculos. La espingarda, usada con profusión a partir del último tercio del siglo XV, se emplea intramuros de tres formas: móvil para espacios cerrados –disparar y cambiar de posición–, fija para lugares abiertos –tras parapetos–, y por sorpresa –ocultarse, disparar a quemarropa y volverse a esconderse–. (Martín 2015: 70-71).

4.3. Comunicaciones y sistemas de enlace

La transmisión de mensajes e información oportuna siempre ha sido esencial. Para hacer señales se valen de trompetas, atabales, ahumadas, fogatas, banderas, gritas, mensajeros, etc. Algunos episodios demuestran que recibir a tiempo refuerzos supone la diferencia entre el éxito o el fracaso, por eso no se pueden cometer errores:

Quisiera luego venir a me socorrer, saluo por el desconçierto que ovo en algunas señales que yo tenía conçertados (...) yo envié luego mis mensajeros. E porque no podían escrebir ni estaua en razón dexar la pelea por la escriptura, envié vna sortija mía (...) e vna cara-puçá [caperuza], en señal de creencia, para que biniesen⁴⁶.

4.4. Combate en huertas

Como indicamos en la introducción, su singularidad radica en la inmediatez a las villas que circundan, y en mezclar edificaciones –tapias, casas, torres, molinos, acequias, etc.– con la feraz riqueza arbórea y hortícola de valles y vegas granadinos, conformando un entorno complejo y difícil de conquistar. El hecho más conocido se dio ante Baza:

No podían guardar bandera, ni estar á gobernacion de capitán, porque la disposición de los lugares les constreñía á pelear derramados (...). E así (...) andando sueltos (...) turbados de miedo (...) fuían de los suyos mesmos (...) Y el presuroso sonido de los tiros (...) y el alarido de los vencedores, y el gemido de los vencidos é feridos, é la confusión de las voces diversas en lengua (...) ponían tal espanto á todos que ni sabían ni podían ver (...) por la turbación de la batalla, é la grand espesura de los árboles y edificios (...) ni los unos

44. Toma de los arrabales de Loja en 1486 (Pulgar 1953: 435). Banco pinjado: “máquina militar hecha de maderos bien trabajados, y cubierta de alguna materia difícil de quemarse, debaxo de la qual se llevaba una viga gruesa, o el ariete con que se batían en lo antiguo las murallas, para abrir brecha, y poder dar el assalto”. RAE, *Diccionario de la lengua castellana* [en línea], t. 1, Madrid, 1726, p. 543,1 [Consulta: 10 mayo 2017]. Disponible en: <http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtll>

45. *Vid.* nota 16. Las piezas de tiro tenso disparan contra la muralla, torres y alcázar, y las de tiro curvo sobre las casas, como en Ronda, 1485 o en Íllora, 1486 (Pulgar 1953: 419, 438).

46. Toma de Huéscar por Rodrigo Manrique en 1434 (Carrillo de Huete 2006: 171).

*ni los otros podían en aquel peligro socorrer á los suyos por el impedimento de los árboles é barrancos que por todas partes había*⁴⁷.

El texto es elocuente: desorden, dispersión, confusión –por los ruidos y por desconocer el terreno–, falta de visión por la espesura, e incapacidad de identificar al amigo del enemigo.

5. EFECTOS DEL COMBATE URBANO

En lo tocante a los efectos físicos, morales y psicológicos, separaremos nuestro análisis en dos apartados: los combatientes y los no combatientes. Los combatientes luchan por diversos motivos, a veces las crónicas desvelan algunos:

*É los Moros (...) recelando la crueldad de la venganza, peleaban con grand osadía, por defender sus vidas é sus bienes é sus muros é la libertad (...) Los christianos (...) especialmente los Andaluzes, membrándose de los robos é muertes é captiverios crueles (...) pugnaban por ser vencedores (...) Otrósí los caballeros é fijos-dalgo (...) peleaban (...) por la honra é por la vida, é por alcanzar venganza de la injúria recebida en el sitio pasado de aquella cibdad*⁴⁸.

Qué duda cabe, la venganza es un fuerte motor, y aunque el cansancio, miedo, peligros o falta de suministros les hace vacilar, la constancia, honra, esfuerzo y expectativas de riquezas y mercedes les ayuda a sobreponerse⁴⁹. A veces el mismo miedo a morir aviva las fuerzas para seguir luchando⁵⁰. También las motivaciones religiosas juegan un papel relevante. Muchas acciones victoriosas son atribuidas a causas milagrosas⁵¹. La mujer también lucha, a pesar de las escasas referencias cronísticas. La encontramos al cargo del alcázar en ausencia de su marido o de su padre el alcaide⁵², en otras ocasiones se arma con lanzas tomadas a los enemigos muertos y los persigue, e incluso los captura⁵³.

En cuanto a los no combatientes, conviene puntualizar que no existe el concepto de “población civil” en esa época. El hecho de evacuar tan solo “a cuantos por su sexo y edad eran inhábiles para pelear”⁵⁴ lo prueba. Su temor, gritos y lamentos causan mella. A veces

47. Toma de Baza por los Reyes Católicos en 1489 (Pulgar 1953: 485).

48. Toma de los arrabales de Loja en 1486 (Pulgar 1953: 435).

49. Alhama 1482 (Pulgar 1953: 366; Valera 1927: 138).

50. Cúllar, 1488 (Pulgar 1953: 479).

51. Quesada, 1469: “cautivos granadinos dijeron haber visto (...) una resplandeciente doncella, cuyos destellos deslumbraban los ojos de los suyos” (Palencia 1973: 272). Pegalajar, 1470: “el miraglio que Dios nuestro señor fizo” (Anónimo 2009: 456).

52. El alcaide moro encomendó la guarda a su mujer. Alhama, 1482 (Palencia 1975: 89). En Zahara: “en tiempos del rey don Juan (...) una hija [del alcaide] fue herida de una saetada por la teta y, así herida, defendió la dicha fortaleza III días fasta que fue socorrida” (Rojas Gabriel 2004: 682).

53. Quesada, 1469: “una mujer varonil armada de lanza obligó a siete moros metidos en el hueco de una peña a rendirse (...), llevándoselos (...) atados a su casa” (Palencia 1973: 272).

54. Lucena, 1483 (Palencia 1975: 104).

son un revulsivo⁵⁵, pero lo normal es generar el desánimo y la rendición⁵⁶. El fatalismo se apodera de muchos⁵⁷. A ello contribuye la crueldad: *los españoles iban acuchillando a los eternos enemigos de la Cruz (...) y ni á los niños y demás seres indefensos perdonaron*⁵⁸, y también el pavor provocado por los efectos de la artillería⁵⁹, sin olvidar el horror del cautiverio para los perdedores, en contraste con la alegría de los liberados por los vencedores⁶⁰, o el trato de favor dado al traidor que vende la plaza⁶¹.

Sobre los efectos materiales, resulta evidente recordar que los perdedores lo pierden todo: sus seres queridos, sus hogares, su forma de vida, sus fuentes de subsistencia y su libertad. La devastación causada por la nueva artillería de pólvora acelera el proceso. Plazas, antes inexpugnables, ahora se rinden en pocos días con tal de salvar las vidas. El vencedor, si no puede mantener la villa, la saquea y quema antes de retirarse⁶².

6. CONCLUSIONES

En la historia militar de la Edad Media, como en la de otros periodos, las distintas formas que adoptan las acciones armadas requieren un análisis específico y su posterior puesta en común. Si obviamos esta forma de enfrentamiento, que viene determinada por el contexto urbano en que se produce, nuestro análisis quedará incompleto y por tanto inconcluso. Así mismo, sería erróneo entender la lucha en población como un tipo de acción independiente, pues todas presentan características comunes, lo que les permite pasar de una a otra sin solución de continuidad –de la lid campal al cerco, de ahí al combate intramuros, etc.–, pero insistimos en subrayar que fue precisamente ese entorno urbano el que obligó al guerrero y a la población a comportarse, luchar y sentir de modo peculiar, y no cabe duda que esa experiencia vital les marcó de manera profunda e irreversible –circunstancia rara vez reflejada en los testimonios cronísticos de la época–.

Hemos integrado en nuestro análisis los arrabales y el cinturón hortícola que habitualmente circundaba las poblaciones fronterizas, por constituir objetivos primarios, sin cuyo dominio era imposible tomar el núcleo central habitado. Establecimos los tipos de lucha que pueden dar lugar al enfrentamiento urbano. Por otro lado, pusimos de manifiesto el papel jugado por cada elemento de la trama urbana –calles, torres, plazas, etc.–, y cómo

55. Córdoba, 1368: “tales lágrimas e palabras fazían e dizían que todos los que lo oyan cobraron grand esfuerço” (López de Ayala 1997: 255).

56. Ronda, 1485: “É con los gritos é lloros que facían, desmayaban los moros principales” (Pulgar, 1953: 419). Albaicín, 1487 (Palencia 1975: 177).

57. Loja, 1486. Desolador testimonio de un tejedor, resignado a morir: “¿Do queréis que vamos (...) ? ¿para el hambre, ó para el fierro, ó para la persecución? (...) E por no ver los males de mi gente, quiero mas morir agora con fierro, que después en fierros” (Pulgar 1953: 436).

58. Loja, 1486 (Palencia 1975: 164).

59. Ronda 1485, Loja e Íllora 1486. Ruido, no comer ni dormir, destrucción, víctimas, terror ante las pellas incendiarias, etc. (Pulgar 1953: 418-419, 436, 438).

60. Alhama 1482 (Pulgar 1953: 367; Bernáldez 1870: 151).

61. Zahara, 1410. Él, su mujer e hijos: “cavalgando é sueltos” (Pérez de Guzmán 1953: 316).

62. Los nazaries queman Jaén y Úbeda en 1368 (López de Ayala 1997: 257-258), Cúllar en 1488 (Pulgar 1953: 479), las puertas de Zahara en 1410. Y los castellanos el arrabal de Íllora en 1431 (Pérez de Guzmán 1953: 315, 495).

eran adaptados para una mejor defensa, así como las tácticas de combate empleadas para ocuparlas y mantenerlas. Finalmente presentamos los efectos materiales e inmateriales que ocasiona este modo de lucha.

Limitaciones de espacio nos impide abordar más aspectos, pues algunos requieren estudios pormenorizados que darían lugar a desarrollar trabajos específicos, entre ellos, las funciones logística que más afectan al combate urbano, como las de Personal, por la importancia de los reemplazos y refuerzos⁶³, o el trato a los fallecidos, que varía según bando y situación⁶⁴; el Abastecimiento, por lo limitado de los suministros –ver epígrafe *Acciones ofensivas procedentes del exterior*⁶⁵–; el Transporte, principalmente si se ha de sostener una villa ganada, lo que implica el envío periódico de recuas con “mantenimientos” y relevos⁶⁶; la Asistencia Sanitaria⁶⁷; las Obras y Trabajos –citados en el epígrafe *Tácticas*–, etc. A modo de síntesis, un buen ejemplo de necesidades logísticas las encontramos relacionadas en la petición de Rodrigo Manrique al rey⁶⁸.

Otros temas que merecen aproximación más amplia, son los relacionados con el botín, honores, privilegios y mercedes, pues cuando las fuerzas flaquean, autorizar el saqueo se convierte en un gran incentivo⁶⁹, generándose a veces enconadas disputas para obtener mercedes por méritos de combate⁷⁰, aunque lo habitual es recompensarlas todas, en mayor o menor grado, para que sirvan de modelo y acicate⁷¹.

En definitiva, hemos intentado documentar, exponer y analizar las facetas militares y humanas⁷² del combate urbano en un periodo crucial –siglos XIV y XV–, y un marco geográfico singular –la frontera granadina–.

63. Huéscar, 1434 (Carrillo de Huete, 2006: 171-172). Alhama, 1482 (Pulgar 1953: 367).

64. Zahara, 1410: entierran (Pérez de Guzmán 1953: 316). Alhama, 1482: sacan al campo. Loja, 1486: queman en el campo por hedor (Pulgar 1953: 367, 436).

65. Aun tomando los alimentos de la villa saqueada, los suministros disminuyen al tener que alimentar a los cautivos liberados. Ejemplo: Alhama 1482 (Pulgar 1953: 367).

66. Alhama 1482: “É decían que era necesario juntar cinco mil rocines é muchos peones cinco ó seis veces en el año”. Y pagar el alquiler de bestias y carros (Pulgar 1953: 370, 411). Hemos de tener presente que la voz “mantenimientos” es sinónimo de suministros –Abastecimiento de recursos–, que no debe confundirse con la actual función logística de Mantenimiento –entretenimiento, reparación y sustitución del material–.

67. Destacan los esfuerzos de la reina para dotar a los campamentos, enviando cirujanos, medicinas y tiendas, o dando dinero para ayudar en los gastos (Palencia 1975: 166; Pulgar 1953: 399, 402, 404, 411, 439, 461).

68. Huéscar, 1434. Solicitando provisiones, tropas, que se le ceda el quinto real, etc. (Carrillo de Huete 2006: 174).

69. Alhama, 1482: “á sacomano” [lo define] (Pulgar 1953: 366); “escala franca” y rico botín (Bernáldez 1870: 151); Íllora, 1483: “entró á saco” (Palencia 1975: 107).

70. Antequera, 1410 (Pérez de Guzmán 1953: 330).

71. Cúllar, 1488 (Palencia 1975: 212).

72. En este sentido, hemos procurado destacar la dimensión anónima de esas “gentes menudas” de las que la crónica “non face mención, nin cuenta de sus nombres” (Anónimo 1953: 390).

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

- Bernáldez, Andrés (1870), *Historia de los Reyes Católicos D. Fernando y D^a Isabel*, t. 1, impr. J. M. Geofrin, Sevilla.
- Carrillo de Huate, Pedro (2006), *Crónica del Halconero de Juan II*, ed. y est. Juan de Mata Carriazo, ed. Universidad de Granada, Granada.
- Crónica de Don Álvaro de Luna* (1940), Juan de Mata Carriazo (ed. y est.), ed. Espasa-Calpe, Madrid.
- Crónica del rey Don Alfonso el Onceno* (1953), en *Crónica de los reyes de Castilla*, Cayetano Rosell (ed.), BAE 66, ed. Atlas, Madrid, vol. 1.
- Hechos del Condestable Don Miguel Lucas de Iranzo (Crónica del siglo XV)* (2009), Juan de Mata Carriazo (ed. y est.), ed. Universidad de Granada, Granada.
- López de Ayala, Pero (1994-1997), *Crónica del rey Don Pedro y del rey Don Enrique, su hermano, hijos del rey don Alfonso Onceno*, Germán Orduna (ed.), ed. Secrit, Buenos Aires, 2 vols.
- Palencia, Alonso de (1973), *Crónica de Enrique IV*, intr. A. Paz y Meliá, BAE 257, ed. Atlas, Madrid, vol. 1.
- Palencia, Alonso de (1975), *Guerra de Granada*, en *Crónica de Enrique IV*, BAE 267, ed. Atlas, Madrid, vol. 3.
- Pérez de Guzmán, Fernán (1953), *Crónica del rey Don Juan Segundo*, en *Crónica de los reyes de Castilla*, Cayetano Rosell (ed.), BAE 68, ed. Atlas, Madrid, vol. 2.
- Pulgar, Hernando del (1953), *Crónica de los Reyes Católicos*, en *Crónica de los reyes de Castilla*, Cayetano Rosell (ed.), BAE 70, ed. Atlas, Madrid, vol. 3.
- Valera, Mosén Diego de (1927), *Crónica de los Reyes Católicos*, Juan de Mata Carriazo (ed. y est.), RFE. Anejo 8, impr. José Molina, Madrid.

Bibliografía

- Almirante, José (2002), *Diccionario Militar*, ed. Ministerio de Defensa, Madrid, 2 vols.
- Eazah al-Zahrani, Saleh (2011), *Aspectos culturales e ideológicos en el Diwan de Lisan al-Din Ibn al-Jatib*, Universidad de Granada, Granada.
- Etxeberria Gallastegi, Ekaitz (2015), “La ciudad medieval como campo de batalla: el combate urbano en la Guerra de Sucesión Castellana (1475-1479)”, *Clío & Crimen*, 12, pp. 277-288.
- Gago Jover, Francisco (2002), *Vocabulario militar castellano (siglos XIII-XV)*, ed. Universidad de Granada, Granada.
- García Fitz, Francisco (2016), “Combatir en la Península Ibérica Medieval: Castilla-León, siglos XI al XIII. Estado de la Cuestión”, *Imago Temporis. Medium Aevum*, 10, pp. 383-407.
- Martín Vera, Manuel Ángel (2014), “Metodología militar aplicada al análisis de la guerra bajomedieval castellana, siglos XIII-XV”. *Roda da Fortuna. Revista Eletrônica sobre Antiguidade e Medievo*, nº 1-1, vol. 3, pp. 204-224.

- Martín Vera, Manuel Ángel (2015), “El combate urbano en la Baja Edad Media: el duque de Medina Sidonia contra el marqués de Cádiz por el dominio de Sevilla”, *Roda da Fortuna. Revista Eletrônica sobre Antiguidade e Medieval*, nº 1-1, vol. 4, pp. 53-77.
- Mora-Figueroa, Luis de (2006), *Glosario de Arquitectura defensiva medieval*, ed. Ministerio de Defensa, Madrid, 3ª ed.
- RAE (1726), *Diccionario de la lengua castellana* [en línea], t. 1, Madrid. Disponible en: <http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtle>
- Rodríguez Casillas, Carlos J. (2015), “y corrió la sangre por las calles. Ciudad y guerra urbana a finales del siglo XV: el caso de Extremadura”, *Roda da Fortuna. Revista Eletrônica sobre Antiguidade e Medieval*, nº 1-1, vol. 4, pp. 33-52.
- Rojas Gabriel, Manuel (2004), “Estrategia y guerra de posición en la Edad Media: el ejemplo de la frontera occidental de Granada (c. 1275-c. 1481)”, en *V Estudios de Frontera. Funciones de la red castral fronteriza*, Francisco Toro Ceballos y José Rodríguez Molina (coords.), ed. Diputación Provincial de Jaén, Jaén, pp. 665-692.
- Torres Balbás, Leopoldo (1954), “La Edad Media”, en *Resumen histórico del urbanismo en España*, ed. IEAL, Madrid, pp. 1-107.